

enjuagar nuestras lágrimas, la bondad de su corazón la obligará á abrirnos los tesoros de su inagotable beneficencia. Si deseamos la fé, María tremoló el estandarte que sirve de enseña á los creyentes; si suspiramos por el santo amor, María es el arca sagrada en que arde constantemente y sin apagarse jamás la llama del divino fuego; si buscamos la luz, María no habitó jamás en las tinieblas, siempre vivió circundada de luz y difundiendo luz; si necesitamos de valor en las tribulaciones de la vida, María es la invicta heroína del Calvario. Ella nos defenderá en los peligros, nos iluminará en nuestras dudas, nos confortará en las amarguras, nos sostendrá en las tentaciones, nos conducirá en sus brazos, nos guiará de la mano hasta su divino Hijo, hará que nos abracemos con él, como una madre que se esfuerza en estrechar cerca de sí á sus dos hijos en íntimo y fraternal abrazo; en todo tiempo, en todo lugar, en toda ocasion se nos mostrará verdadera Madre de la Providencia. ¡Oh María! si sois tan sábia y tan poderosa para socorrer á los míseros peregrinos de este destierro, ¿qué no podremos esperar de vuestra bondad? En vuestra augusta frente llevais escrito: Providencia; sed, pues, para nosotros una verdadera providencia en todas nuestras aflicciones. Vuestra mano, que toma de los infinitos tesoros de Dios las gracias más selectas, difundidlas con abundancia sobre nuestras almas, sobre nuestras familias, sobre todo el mundo cristiano. Sed nuestro socorro, nuestra guía, nuestra esperanza; y, por decirlo de una vez, sed nuestra Providencia, y nosotros cantaremos hoy y en la vida de los siglos sempiternos las glorias de vuestra amorosísima proteccion. Así sea.

NUESTRA SEÑORA DEL REFUGIO.

Antequam clament, ego exaudiam; adhuc illis loquentibus ego audiam.

Antes que clamen, yo los oiré, cuando aún estén con la palabra en la boca, otorgaré su peticion.

(ISAÍ, XLV, 24).

Que el hombre reconozca su miseria y desee salir de ella, es una cosa natural que no necesita sino de que él reflexione sobre sí mismo, aunque sea muy lijera, y de que siga los impulsos de su corazón, que jamás podrá avenirse con el mal; de la misma manera es natural al hombre buscar fuera de sí el remedio de lo que padece, no hallando en sí mismo, como no halla, sino pobreza y miserias, y el fondo inconcebible de su misma nada.

No hay excepciones en este punto; y nuestras fantasías nunca han llegado al extremo de persuadirnos ni de hacernos creer, que ni nuestra vida ni nuestra salud correrán riesgo alguno, ni que nuestra fortuna ni nuestro bienestar podrán ser turbados. Todo lo contrario: mil temores y sobresaltos nos acompañan con frecuencia; y aún cuando nada haya en nosotros que los pueda motivar, basta tal vez el mismo bien que poseemos para temer su pérdida; siendo lo más triste que pueda imaginarse, que en la compañía misma de nuestros hermanos y semejantes, que es donde podíamos contar con alguna seguridad, allí encontremos el riesgo y peligro.

Al intento me ocurre lo que se refiere en el Génesis del patriarca Abrahán: él y su familia se hallaban en un tiempo acosados del hambre, que se había extendido sobre la tierra que moraban; y como hubiese determinado ir á Egipto para remediar la necesidad que le oprimía, ya al entrar en aquel reino le ocurrieron temores de perder su vida á causa de Sara su esposa. «Conozco, la dijo entónces, que

eres hermosa, y que luego que te vieren los egiptios han de decir: su mujer es; y me quitarán á mí la vida y á tí te reservarán. Dí pues, te suplico, que eres mi hermana (1).»

Sara era parienta muy inmediata de Abrahán, y segun el uso comun de hablar, con toda verdad pudo decir, que era hermana suya, y valerse de este medio para conservar su vida, poniendo en la Providencia toda su esperanza con respecto á Sara.

Si de aquel patriarca pasamos á nosotros, y si quitamos los ojos de Sara, y los fijamos en la que con toda verdad podemos llamar hermana nuestra, ¿cuánto más humildes y más rendidas no deberán ser las súplicas que la hagamos?

Porque es indudable, que María es hermana nuestra; lo mismo que nosotros, es hija y descendiente de Adán nuestro padre comun. Pero, ¿qué dice de Ella la Escritura? ¿qué dice de nosotros? De nosotros dice, que por naturaleza, atendida la corrupcion de nuestro origen, fuimos hijos de ira, hijos de maldicion, hijos de desgracia, esclavos del demonio y merecedores del Infierno; mas de María, todo lo contrario, dice: que fué llena de gracia, amada de Dios, agradable á sus divinos ojos y destinada para Madre del Hijo del Altísimo.

Esta diversa relacion de nosotros y de María para con Dios, y el deseo natural de salir del estado infeliz á que nos redujo la culpa que jamás hubo en María, debe llevar y lleva el corazon á decirla con mayor motivo que Abrahán á Sara: conozco que eres purísima, llena de gracia y virtud, agradable al Cielo y amada de Dios, y que nosotros somos despreciables ante su divino acatamiento; habla pues en favor nuestro, dí que somos tu misma sangre; sin duda que nuestra suerte será diversa de la que debemos temer.

Esto ó cosa semejante direis sin duda á María, y vuestro corazon, allá en el fondo de su misma miseria, sentirá todo consuelo y tendrá cuanta seguridad puede desear; porque no, amados míos, no es María un bien por cuya posesion podamos temer la muerte: todo lo contrario, es una prenda de la vida; y aún cuando nuestra misma miseria nos lleve á tal extremo que nos olvidemos de nosotros mismos, y que no pensemos en nuestra actual situacion, ni en la suerte que nos amenaza, todavía este bien inestimable que nos dió el Cielo, esta santísima Hermana nuestra, siempre nos tendrá tan presentes como si la invocásemos, y nos procurará los bienes en que tal vez no pensamos, y nos dará cuantos auxilios hemos menester.

(1) GEN., 11, 12, 13.

Os he manifestado ya, señores, el asunto de que vengo á hablaros: implorémos para el acierto el auxilio divino. A. M.

Así como tratándose de Dios y de sus perfecciones y atributos, cualquiera cosa que diga el hombre, ó aún cuando sea el espíritu más sublime é inteligente en el Cielo, todo será poco ó nada; de una manera semejante, tratándose de la santísima Madre de Jesucristo, María, Señora nuestra, cuanto diga el hombre de Ella, todo será poco, nada; los mayores elogios, por ponderados que parezcan, se quedarán muy abajo y distantes de llenar la verdad. Porque Dios es incomprendible, no puede ninguna criatura decir lo que es; pues por igual motivo, porque la dignidad de María es, en cierto modo, infinita é incomprendible, tampoco podrá el hombre ni alcanzar cuanta sea, ni manifestarla con palabras. Solo Dios puede decir de sí mismo y de la magnificencia de sus obras, lo que El es y lo que ellas son; por sí mismo y de sí solo tiene la grandeza y majestad incomprendibles que le son propias; y El y no otro dió á María tal dignidad, que viene á ser el término de la omnipotencia divina; El solo y no otro comprende cuanta sea la santidad y grandeza de esta criatura, la más perfecta y pura que pueden criar sus manos omnipotentes. Hable, pues, Él solo, y oigamos con respeto y admiracion lo que de Ella nos dice. Poco despues de efectuada la encarnacion del Verbo divino, «levantándose María, dice S. Lucas, fué con prisa á la montaña, á una ciudad de Judá, y entró en la casa de Zacarías y saludó á Isabel; y cuando Isabel oyó la salutacion de María, dió saltos la criatura que tenía en su vientre, y quedó llena Isabel del Espíritu Santo; y exclamando en alta voz, dijo: «Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre. ¿Y de dónde á mí esto, que la Madre de mi Señor venga á mí? Porque hé aquí, que luego que llegó la voz de tu salutacion á mis oídos, la criatura dió saltos de gozo en mi vientre (1).»

Este niño, que dice el Evangelio era el Bautista, y á la voz de María adquiere, aún sin haber nacido, el uso perfecto de su razon; es santificado entónces mismo y lleno del Espíritu Santo; recibe el dón de profecía; adora á Jesucristo, y dá saltos de gozo en su presencia. Y la madre de este niño afortunado, Isabel, también enriquecida con abundantes gracias y llena del Espíritu Santo, reconoce en

(1) LUC., I, et seq.

María á la Madre de su Dios, y anuncia y publica la encarnacion del Hijo de Dios y la alta dignidad de su Madre santísima. ¡Cuántos bienes, cuántos ejemplos de las más sublimes y heróicas virtudes no se advierten en este pasaje de la vida de María! Bienes inefables dispensados inmediatamente al Bautista, á Isabel, á toda su casa: ejemplos á todo el mundo. ¡Oh Madre santísima de Jesucristo! ¿Quién no admirará tu humildad, tu caridad y tu celo? Isabel debiera buscarte, rogarte y servirte; y Tú la buscas, la saludas por delante y la colmas de bienes; aún no conoce la dicha, y se la presentas buenamente; aún no la desea, y le das su posesion y goce. De una manera semejante te portas con nosotros; séanos permitido acompañar á Isabel en el humilde reconocimiento que hace de sí misma, y en la sinceridad con que publica tu dignacion y bondad: *Unde hoc mihi, ut veniat Mater Domini mei ad me?*

«Se celebran unas bodas en Caná de Galilea, dice S. Juan, y estaba allí la Madre de Jesús; y fué tambien convidado Jesús y sus discípulos á las bodas. Y llegando á faltar el vino, la Madre de Jesús le dice: no tienen vino; y Jesús la dijo: ¿qué nos va á mí y á tí? aún no es llegada mi hora. Dijo la Madre de Él á los que servían: haced cuanto Él os diga. Y había allí seis hidrias ó tinajas de piedra, conforme á la purificacion de los judíos, y cabían en cada una dos ó tres cántaros; y Jesús les dijo: llenad las hidrias de agua. Y las llenaron hasta arriba: sacad ahora y llevadlas al maestresala; y las llevaron. Y luego que gustó el maestresala el agua hecha vino, y no sabía de donde era, aunque los que servían lo sabían, porque habían sacado el agua, llamó el maestresala al esposo y le dijo: todo hombre sirve primero el buen vino, y despues que han bebido bien, entónces dá el que no es tan bueno; mas tú has guardado el buen vino hasta ahora. Este fué el primer milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria, y creyeron en Él sus discípulos (1).» No doy ni puedo dar á cosa alguna mayor eficacia que á la presencia de Jesucristo: tampoco doy ni puedo dar á las palabras de las criaturas todas, ni mayor ni aún igual virtud que á la palabra de Dios: lo que digo es, que despues que tuvimos la dicha que el Cielo nos diese á María, parece que quiso hacer dependientes de su voz los dones y gracias que hubiese de concedernos. Antes de que María saludase á Isabel, ya estaba presente Jesucristo; pero á la voz de María y cuando Ella habló, fué santificado el Bautista, y llena del Espiritu Santo Isa-

(1) JOANN., II, 1 et seq.

bel: así tambien en Caná de Galilea había de manifestarse la gloria y poder de Jesucristo, había de asegurarse la fé de los discípulos, y había de cubrirse la necesidad de los menesterosos; mas nada de esto se hizo ántes de que hablase María.

Ninguno de los de aquella casa venturosa sabían quienes eran Jesucristo y su Madre santísima: ambos habían sido convidados como otros muchos, y á nadie ocurrió que en aquel pobre banquete se hallase presente cuanto hay de más grande en el Cielo y en la tierra. ¿Qué nos va á mí y á tí? contestó Jesucristo á su Madre santísima, cuando la manifestó la afliccion y vergüenza en que se hallaban los esposos por falta del vino; palabras no dirigidas á María, con quien, segun su expresion hablaban, sinó principalmente encaminadas á los esposos y á los que servían en la mesa, como para prepararles para que recibiesen el bien que necesitaban. A esto se encaminaron tambien las otras palabras de María á los mismos: «Haced cuanto Él os diga;» porque estaba cierta de que habiendo Ella hablado, su voz traería el socorro y consuelo. Aún no era llegado el tiempo en que Jesucristo manifestase su gloria; aún ménos era llegado el en que los agraciados pensasen siquiera en tan pronto remedio: pero siempre fué tiempo para que el corazon de María se conmoviese á vista del afligido y miserable, y á todos se anticipó su piedad: á Jesucristo, como excitándolo, por explicarme así, para que concediese el socorro; á los menesterosos, para que lo recibiesen: *Antes que clamen yo los oiré, cuando aún estén con la palabra en la boca otorgaré su peticion.*

Nada hace Dios inútilmente, y en cuantos beneficios y dones concede al hombre, tiene siempre por objeto, ó la manifestacion de su gloria, ó el bien particular del mismo hombre, ó la comun utilidad y provecho de los demás; siendo muy digno de advertir, que aún en la manifestacion de su gloria, nosotros más que Él somos los interesados. Dios por sí es bastante á sí mismo; su dicha, su felicidad, su gloria, no dependen en lo absoluto de otro alguno; y tan dichoso y feliz fué ántes de los siglos, como lo fué despues de que crió al mundo: á nosotros, no á Él, es á quien interesa conocerlo; y por esto es cierto, que si desea su gloria, por nosotros la desea, no por Él. En todo, pues, busca al hombre por bien del mismo hombre: en todas las obras de su poder, en cuantas cosas crió, en cuanto hizo y hace, lo tuvo y lo tiene presente; y aún aquellos espíritus perfectísimos que destinó para que sirviesen más de cerca á su grandeza, todos, sin excepcion de uno solo, «todos son espíritus administradores enviados para ministerio

á favor de aquellos que han de recibir la heredad de salud (1).» Al que tuviere esto por demasiado, y le pareciese que llevo las cosas más allá de lo que pueden llevarse, yo le suplico que reflexione, que no hay ni puede haber cosa más grande ni más excelsa que Jesucristo, que siendo Él rico por esencia, se hizo pobre por nosotros, y tomó sobre sí todas nuestras miserias, á fin de que fuésemos ricos por su pobreza, y de que sus méritos nos ganasen los tesoros de la gracia, de la justicia y de la gloria; (2); y que como Él decía de sí mismo á sus discípulos, el Hijo del hombre no vino para ser servido, sinó para servir, y para dar su vida en redencion de todos (3). Siendo, pues, la voluntad de Dios la satisfaccion del hombre, su bien, su utilidad, ninguna cosa podemos hacer más de su agrado ni más conforme á su voluntad, que cooperar con Él al bien del hombre. Basta por sí solo para hacerlo todo; pero ha querido asociarnos á su providencia, á su amor y á sus miras benéficas sobre el hombre; y por esto sus gracias y dones no solo se dirigen á la santificacion particular de cada uno, sinó á la mejor cooperacion por nuestra parte al bien de los demás. Uno y otro vienen de Él mismo, y de Él solo puede venir, porque es bien cierto, que la criatura nada tiene por sí misma con que pueda obrar ni el bien propio ni el ajeno. Las palabras de Jesucristo, «sin mí nada podeis hacer,» lo demuestran bastante.

Apliquemos ahora estas verdades al asunto que nos ocupa, y muy fácilmente hallaremos en María una abundancia incomprendible de gracias, que aunque dimanadas todas de una misma fuente, que es Dios, porque no hay ni puede haber otra de donde dimanen, no todas se dirigen á un solo término, sinó principalmente á dos grandes objetos. Unas se encaminaban á Ella misma, á hacerla santa, perfecta y hermosa, tales como la gracia que la previno para que su concepcion fuese purísima y libre de toda mancha; otras al bien de los demás, para que les fuese útil y de sumo provecho, tales como la ternura de su corazon, su amor, su compasion, sus deseos vivos y ardientes de librar al infeliz de su miseria, y su valimiento ante Dios: aquéllas la prepararon para ser digna Madre de Jesucristo; y éstas para que pudiese serlo nuestra. Mas si me es lícito explicar cuanto concibo en este punto, no tendré inconveniente en decir, que para disponer á María para que fuese Madre de Jesucristo, bastó Dios solo y la ope-

(1) HEBR. I, 14.

(2) COR. VIII, 9.

(3) MATTH. XX, 28.

racion oculta y misteriosa de su gracia; mas, para que fuese Madre nuestra, se necesitó de un Dios hecho hombre, y de las demostraciones exteriores de su amor y ternura para con el hombre. Sí, hermanos míos; los ejemplos de Jesucristo fortalecieron y confirmaron el corazon de María en beneficio nuestro. ¿Á quién, por infeliz, por miserable que sea, excluirá su amor, despues de haber visto al Unigénito del Padre é Hijo tambien unigénito suyo, que por bien del hombre y por hacerse accesible á todos nace en un establo, y elige por cuna un pesebre? ¿Cómo podrá cansarse de nuestros ruegos la que vió á su Hijo pasar treinta y cuatro años reducido á una vida pobre, trabajosa, mortificada y ocupada siempre en nuestro bien? Aún cuando la fuera penoso atender á nuestra miseria, ¿cómo se negaría, habiendo visto á su Hijo y á su Dios entregado voluntariamente al tormento, al oprobio, á la cruz y á la muerte por labrar nuestro bien? ¿A quién negará su amparo? mejor diré; ¿á quién no lo ofrecerá, despues de haber oido á Jesucristo pedir el perdon para los mismos que lo crucificaban, y aún disculparlos de su maldad?

El corazon de María, piadoso ya y muy compasivo con tan grandes ejemplos de caridad, no tuvo hasta entónces toda la preparacion que debía tener, y hasta entónces no pudo reunir Ella en su misma persona cosas tan grandes y tan estupendas, que solo Dios pudo concebir y solo Dios pudo hacer. Quien dice Dios, dice lo más excelso que hay: quien dice pecador, dice lo más vil y bajo: quien dice Madre, dice lo más amoroso, lo más tierno, lo más compasivo que puede imaginarse; y quien dice que María es Madre de Dios y del pecador, dice lo que jamás pudo inventar el hombre. Un ángel del cielo anunció á María que sería Madre de Dios; y no soy yo, hermanos míos, el que reúne en Ella el otro título y renombre; Jesucristo mismo, cuya voz omnipotente dió sér, existencia y realidad á las cosas, fué quien hizo á María Madre del pecador. Es imposible que Jesucristo se desnudase del amor con que veía á su santísima Madre, ó que intentase que Ella perdiese el suyo hacia Él; pero no es imposible que nada en lo absoluto se reservase de cuanto pudiese cooperar á nuestra utilidad y provecho. «Mujer, hé ahí á tu hijo;» no la llama Madre, para que entendiésemos que lo sería nuestra; ni Él se llama hijo suyo. como para infundirnos toda la confianza y seguridad con que un hijo debe en todo y para todo contar con su madre. Infinita es la distancia que hay entre Jesucristo y nosotros: ¿quién no conoce esto? Mas si hay un punto en que cosas tan distantes y tan diversas puedan reunirse, es el corazon de María: allí están presentes nuestras necesidades, y

está también presente el remedio de ellas: lo que falta al hombre miserable, lo que ha menester el hijo pecador de María, lo tiene en abundancia el otro Hijo también suyo, santo, grande y omnipotente, y no hay riesgo de que ésta vea á aquél con desden ó indiferencia. Al hacerse hombre Jesucristo, se hizo hermano nuestro, como descendiente de Adán nuestro padre comun; y al hacernos hijos de María, tomó otro título para ser nuestro hermano: Él lo hizo todo, y voluntariamente lo hizo; porque quiso y porque nos amó, se entregó por nosotros al tormento; y ántes de morir quiso dejarnos á la que Él más amó, y á la que despues de Él pudiese más amarnos. No son, pues, vanos, no son arbitrarios los títulos con que diariamente honramos é invocamos á María, sinó los más reales y verdaderos, los más legítimos y más útiles que jamás hubo; pero que ni dicen todavía ni pueden exceder á los que encierra y dice el título de Madre, que lo es nuestra por voluntad de Jesucristo.

Pues bien, yo pregunto ahora: ¿hay por ahí alguna madre que si ve enfermo á algun hijo suyo, espere para asistirlo á que le llore, le clame y pida el remedio? ¿Qué madre hay que no haga suyas las enfermedades de sus hijos, y que no las lleve como pegadas al corazón? No, ciertamente, no hay madre á quien sean indiferentes los males de sus hijos; y no hay ni puede haber mejor ni más amante madre que María. Por esto la llamamos salud de los enfermos. ¿Hay por ahí madre, vuelvo á preguntar, que si tiene algun hijo inicuo y perverso, prescindiera por esto de que es hijo suyo? Se afligirá si se ofrece por los extravíos de su hijo, llorará por él; pero jamás lo desconocerá ni le cerrará su corazón; ántes bien redoblará tanto más su amor y piedad, cuanto más haya menester su hijo. Ved, pues, porque llamamos á María Refugio de los pecadores; título de consuelo y alegría y de toda esperanza. No fueron justos ni santos los que Jesucristo le dejó por hijos, sinó pecadores y miserables, los mismos que Él vino á buscar á la tierra. Es consuelo de los afligidos, es auxilio de los cristianos, porque es Madre de todos; y aunque en el estado dichoso de la felicidad eterna que posee, ya no sea posible que haya aflicción ni pesar que comprima su espíritu, esto no impide que lleguen ante Ella nuestras necesidades, nuestras miserias y tantas cosas como nos acongojan con frecuencia: no hay lugar en la gloria á la tristeza, al dolor ni al gemido; pero sí lo hay al amor, á la piedad, á la misericordia, al deseo de nuestro bien y al remedio. Cuanto aquí padecemos lo sabe y lo ve en Dios la que es Madre nuestra, y muy ántes de que movamos los labios, nuestras mismas necesidades hablan por nos-

otros ante ella, y su misma piedad es la primera oracion, la primera voz que anuncia el socorro.

Luego bien, amados míos; aún cuando nosotros callásemos tanto bien como nos hizo el Cielo dándonos á María, no sería posible que callasen la montaña de Judá, Caná de Galilea, y el monte santo en que se obró nuestra salud. La montaña dirá siempre, que sintió sobre sí los pasos presurosos de María para obrar la santificación de las almas; Caná de Galilea dirá, que oyó su voz de piedad impetrando el socorro de la necesidad y pobreza; el Calvario dirá, que allí resonó la voz omnipotente de un Dios que nos la dejó por nuestro amparo; y aún cuando todo callase, y que el mismo peso de nuestra miseria nos oprimiese, de manera, que no nos dejase ni alientos para manifestarla, todavía nuestro corazón percibiría dentro de sí mismo esta voz de María: No temas, yo soy tu auxilio, soy tu refugio, soy tu Madre; té auxiliaré, y si te aprovechas de mi protección yo te salvaré. Así sea.